

—tomó en la moral indiana una forma que puede considerarse excesiva.»

No basta decir «solidaridad humana»; hubiera debido decirse «solidaridad universal». El sentimiento de la solidaridad se extendió, en efecto, a toda la Naturaleza, comprendiendo una infinidad de vidas que el sabio debe respetar. «Ciertas gentes—dice positivamente Manú, exagerando el pensamiento panteístico—aprueban la agricultura; pero esa es una ocupación justamente censurada por el sabio, porque la madera armada de un hierro desgarrar la tierra y los animales que contiene.»

Observado a la letra, este ultramoralismo hubiera producido la desaparición de la humanidad y el abandono de la tierra a la más feroz animalidad. De ese modo el ultramoralismo es antimoral en sus consecuencias.

A las diez virtudes primordiales se oponen ocho vicios que no corresponden exactamente a las virtudes. A saber:

1º *El apresuramiento a divulgar el mal.*—2º *La violencia.*—3º *La acción de perjudicar en secreto.*—4º *La envidia.*—5º *La calumnia.*—6º *La acción de apropiarse el bien ajeno.*—7º *La de injuriar.*—8º *La de pegar a otro.* De donde resulta que la tranquila posesión de su voluntad y la bondad son necesariamente las más grandes virtudes.

La mujer es inferior en las leyes de Manú. Según los textos sagrados, debe estar siempre de buen humor. Durante su infancia depende de su padre; en su juventud, de su madre; en su viudez, de sus hijos. Debe venerar a su marido, aunque sea infiel, como a un dios; y, viuda, no debe pronunciar más nombre de hombre que el de su esposo difunto.

Al lado de esta codificación del servilismo familiar abundan las prescripciones y las fórmulas notables y sensibles:

«No pegues jamás a la mujer ni con una flor. La madre vale más que mil padres. El campo vale más que la

semilla. El hombre completo es un hombre-mujer-niño. Donde se honra a las mujeres las divinidades están satisfechas. Encerradas bajo la guarda de los hombres no están seguras las mujeres; éstas sólo están en seguridad cuando se guardan ellas mismas de su propia voluntad. El marido no hace más que una sola y misma persona con su esposa. La unión de una joven y de un joven, resultante de un deseo mutuo, es considerada como el matrimonio de las armonías celestiales.»

En resumen, si comparamos la sociedad hinduana con las que le fueron contemporáneas, lo que ante todo admira es que en su seno la esclavitud era desconocida, cuando por todas partes, en Occidente al menos, había esclavos. Los sudras eran servidores más libres que lo fueron nuestros siervos; y en cuanto a los parias, su condición, mejor que la de los ilotas, no puede compararse más que a la hecha, durante la Edad Media, a los judíos, a los excomulgados y a los leprosos.

No sólo los sacrificios humanos, tan frecuentes en los pueblos primitivos, no ensangrentaron jamás los altares de Brahma, sino que mientras por todas partes los templos eran carnicerías, las ofrendas a los dioses se limitaban a algunas libaciones, a la oblación de algunas tortas, y en los días más solemnes, a la simple representación del sacrificio de un caballo, al que después se le dejaba en libertad.

Tan lejos se llevó el respeto a la vida de los animales, que mientras nosotros, los sedicentes civilizados por excelencia, necesitamos que una ley nos prohíba maltratarles, varias sectas hinduanas condenaban el uso de su carne y se resignaban a una alimentación exclusivamente vegetal.

El sacrificio de las viudas sobre la hoguera de sus maridos, que tanto se ha reprochado al brahmanismo, es una superstición relativamente moderna. Lejos de ordenar nada semejante, Manú da reglas de conducta para las mujeres en estado de viudez.